Tiempo para meditar y tiempo para organizarse y participar

Catalina Romero

Los acontecimientos políticos que se viven en el Perú desde la primera vuelta electoral indican que estamos entrando a un tiempo diferente. El tiempo en la política merece una atención muy especial. Por eso el análisis de "coyuntura" delimita un tiempo muy preciso en el que se conjugan una serie de factores potenciales de cambio en las relaciones sociales y políticas en la sociedad. El tiempo se mide en épocas, periodos, momentos. Pero se define políticamente en términos de las correlaciones de fuerza, término que se ha dejado de usar porque en el Perú se abandonó la práctica política fuera del gobierno desde la década pasada. En política una coyuntura puede alterar un tiempo largo, como el de la duración de un régimen político, o sólo la de un gobierno. Puede ser una coyuntura electoral, o una coyuntura de transición. La primera cambia el gobierno, la segunda el régimen. Los actores, los ciudadanos organizados o no con voluntad de participar en el espacio político, de construirlo y ampliarlo contribuyen a la definición del tiempo. Pero no son los únicos que definen un tiempo político. La tradición, la cultura, la historia reciente y de largo plazo, el contexto internacional, las leyes y el estado general de la sociedad ponen los límites a la duración del tiempo. No basta la voluntad de los actores, hay fenómenos políticos que no se pueden producir a voluntad.

El espacio político es un espacio de ejercicio competente de la voluntad de transformar la realidad, cuya organización democrática lleva al diálogo y acuerdo entre los diferentes intereses, pero cuya organización autoritaria lo destruye al imponer la voluntad de unos a los otros sin dar lugar a la respuesta.

Ocho años después de derrotado el terrorismo gracias a la acción conjunta del Estado y la sociedad civil, del ejército y las fuerzas policiales, de las organizaciones populares, la Iglesia Católica y otras iglesias y la empresa privada, estamos en un tiempo político diferente y aunque se trate de traer a la memoria el tiempo pasado, más allá de la memoria y del aprendizaje que hemos hecho, estamos en un tiempo nuevo.

La paz permite la formación de grupos de interés, de identidades, de organizaciones voluntarias con representantes designados o elegidos, con lugares de encuentro y rutinas de funcionamiento establecidas, ritos comunes de celebración institucional o cívica, e ideas sobre lo que es el país y lo que quisieran que fuera para encontrarse mejor ubicados en él y éstos son una base para la política. El hambre y el desempleo lo hacen más difícil porque no se cuenta con recursos ni ánimo para interesarse en problemas del bien común ante el malestar individual insondable. Pero aún así, en tiempos políticos intensos, como las coyunturas electorales o los cuestionamientos más profundos a un régimen autoritario, se vinculan los intereses particulares con los públicos, dimensión esencial de la política, y la participación se intensifica y extiende.

Las organizaciones políticas, los partidos son un tipo de asociación especial porque el terreno en el que se mueven es el del poder. Poder, como capacidad de hacer, de lograr realizar la voluntad de un grupo de ciudadanos: conseguir una ley, trabajar permanentemente por una causa, conseguir cambiar un aspecto de la comunidad política, defender los intereses de una clase, de las regiones, etc. Las organizaciones políticas se mueven en un contexto político: una sociedad oligárquica, en la que el poder se encuentra concentrado en pocas manos; o una poliarquía en la que el poder se encuentra más disperso. Pueden ser instituciones autoritarias o democráticas. Pueden aspirar al poder total o a organizar un poder plural, como ocurre en las sociedades democráticas.

En el Perú, conocemos los partidos políticos antioligárquicos y los partidos políticos que aspiraban teóricamente a convertirse en nuevos estados. Conocemos también partidos autoritarios y con estructura jerárquica, dependiente del líder o caudillo. Todavía está por construirse un sistema de partidos democráticos, tanto en su organización interna como en su relación con otros partidos. Con los que se pueda dialogar, hacer acuerdos y alianzas para defender puntos de vista, colaborar con, u oponerse a otros.

Tenemos también que construir un espacio público democrático que dé cabida a esos partidos, como canales de expresión política de los ciudadanos de una polis moderna, dinámica y plural, en el contexto de la globalización. Donde se reconozca la diversidad presente en la sociedad y en donde se genere un régimen democrático que garantice la representación de todos para gobernar para todos.

Ordenando la memoria política

El tiempo para la construcción de partidos políticos y de una polis democrática es más largo que el de una coyuntura pero éstas redefinen el tiempo hacia atrás y hacia adelante. Permiten recuperar la memoria de hechos olvidados, de experiencias y reflexiones descartadas que recobran sentido colocadas en otro horizonte temporal.

Los peruanos hemos vivido una sucesión de tiempos políticos distintos que se superponen en la memoria de los adultos y se mezclan en el imaginario de los jóvenes sin llegar a establecer una secuencia con sentido que marque un camino que nos lleve hacia algún sitio.

En 1979 iniciamos un tiempo de transición hacia un tipo de régimen democrático que no habíamos tenido antes en el país. Habíamos caminado hacia lo que Robert Dahl[1] llama una sociedad poliárquica: moderna culturalmente, dinámica en términos económicos, y plural, social y políticamente donde el poder está más disperso entre los distintos sectores de la sociedad. Se había incluido a grandes sectores de peruanos que habían estado marginados secularmente de la sociedad civil oficial, criolla y occidental que hasta mediados del siglo veinte vivió de espaldas a las provincias y a los que allí vivían. Durante el régimen militar presidido por Velasco Alvarado el Estado se consolidó y extendió por todo el país; para algunos se había sobredimensionado ahogando a la sociedad civil. Pero *paradójicamente*[2], más allá de la empresa privada, se multiplicaron las organizaciones sociales, organizaciones voluntarias de todo tipo: gremiales, funcionales, culturales, religiosas, para la subsistencia y la calidad de vida. Allí se formó una conciencia de derechos y de justicia que contribuyó a la naciente noción de ciudadanía, que continuó forjándose durante los primeros años del nuevo régimen democrático y que constituye la base de una nueva sociedad civil que requiere un nuevo estado moderno y representativo: democrático. Un hecho a estudiar en este tiempo es la paradoja de la democratización

1 Robert Dahl. *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press, 1971 y *La Democracia y sus críticos*.

2 Quiero llamar la atención sobre el significado de la palabra "paradoja": especie extraña o contraria a la común opinión. Hecho que aparentemente está en contradicción con las leyes de la naturaleza o con ciertos principios demostrados.

de la sociedad al generar mayor igualdad y diversificar los espacios de acción social y política, en momentos de dictadura política, que cierra el espacio público político unificador.

La experiencia de muchos peruanos de mi generación (la de los partidos de izquierda y los antioligárquicos) estaba marcada por partidos electorales como el APRA, que colectivamente pactó con la Unión Nacional Odriísta durante el gobierno de Prado produciendo la gran Convivencia, luego de haber sido perseguida y encarcelada durante años por el régimen de Odría. Como Acción Popular, que no tuvo la fuerza política para conseguir sus objetivos nacionalistas y terminó firmando el Acta de Talara que mantuvo el petróleo en manos del capital extranjero. La interrupción de la política como actividad pública se produjo con el régimen militar, reformista y autoritario de Velasco Alvarado. Entonces fuimos testigos y partícipes de la experiencia política de las izquierdas que se fragmentaban por razones minúsculas e interpretaciones personales, vimos cómo sobredimensionaban su fuerza al no existir un espacio político público en el cual confrontarse con las grandes mayorías, y las dificultades para dejar de ser partidos de vanguardias elitistas y pasar a ser partidos de masas ciudadanas.

La generación de los ochenta ha sido testiga y participante de los esfuerzos por retomar la política del APRA y de Acción Popular, y de su falta de radicalidad y creatividad para responder al nuevo contexto poliárquico en el que se movían. Nacidos como partidos antioligárquicos, habían perdido su razón de ser. Y su visión de la sociedad estaba desfasada, casi tanto como la de Sendero Luminoso, guardando toda la distancia necesaria en cuanto a objetivos y medios se refiere[3]. El Perú elitista, limeño y hacendado no existía más. La politica no podía hacerse en base a relaciones personales, de clientelaje y "familismo". El Estado no podía reducirse para responder a una sociedad civil que incluía y representaba a 30% de la población urbana, ilustrada y propietaria como había sido el Perú hasta mediados del siglo XX, sino que debía atender a una sociedad incluyente de sus ciudadanos, multiétnica, móvil social y geográficamente, con ciudadanos urbanos, educados y con aspiraciones de progreso nuevas. Las izquierdas, conocedoras del nuevo país, de los nuevos ciudadanos y de sus capacidades, no sabían

3 Comenzar a ordenar nuestra memoria, nos debe permitir hablar de Velasco Alvarado y de Sendero Luminoso sin estar ofendiendo a nadie. Sin que eso nos coloque en un extremo del salón inmediatamente. Lograr objetivar ambos periodos en nuestra historia, y ordenarlos en nuestra memoria es un primer paso político que debemos dar. La alusión a visiones del Perú semejantes, se refiere a que Sendero Luminoso sigue pensando en una sociedad semi-feudal, que corresponde a los años treinta y que vale hasta mediados de siglo. En cierta forma muchos peruanos recurren aún a lecturas de esa época para pensar el país.

hacer política pública pero intentaban transformar sus visiones clasistas y corporativas en propuestas universales que se plasmaron al alcanzar la alcaldía de Lima en 1983: una Lima para todos, un Perú para todos. Pero necesitaban tiempo para aprender, decantar y cambiar. Tiempo que colocaba en iguales condiciones a los partidos antioligárquicos tanto de la burguesía como de los trabajadores y sectores populares, que debían cambiar sus visiones ante los cambios en la realidad peruana.

En 1980 comenzó un tiempo político complejo y también paradójico: a la vez que se vivía un tiempo de construcción de democracia, se iniciaba un tiempo de violencia política. Abierto el espacio público político para una ciudadanía reciente, los partidos políticos de raigambre popular tenían que aprender a moverse en un escenario abierto a toda la ciudadanía, elaborando propuestas para todo el país y no sólo para los sectores populares conocidos. Los viejos partidos antioligárquicos se encontraban en un tiempo posoligárquico, que me he atrevido a llamar poliárquico porque la sociedad civil se había expandido y el poder estaba más disperso. ¿Serían capaces de reformar el Estado hacia uno democrático, eficiente y moderno? La crisis de la Deuda Externa, los fenómenos naturales producidos por la Corriente del Niño y el inicio de la lucha terrorista de Sendero Luminoso hicieron muy difícil el intento para Acción Popular, pero también su afán "restaurador" de una democracia que correspondía en el pasado a una sociedad oligárquica, que le impedía apreciar y rescatar lo que el Perú había cambiado durante la dictadura militar. Más creativa en sus primeros años, el APRA intentó reformar el Estado pero muy tarde en su gobierno cuando inició la regionalización al fin del régimen, luego de los errores muy serios en su comprensión de la democracia, en su política económica, y en la administración de los recursos del Estado[4].

En 1990 se puso de manifiesto la crisis de los partidos políticos como mediadores entre los ciudadanos hombres y mujeres y el Estado, como clase dirigente que articula una visión del país que unifica a individuos de clases diferentes, regiones diferentes tras un proyecto común de cambio. Partidos que sean capaces de unificar a los distintos actores tras una causa común. En vez de eso la imagen sustituyó a la política, los medios se convirtieron en los canales de comunicación entre las elites y las bases, pero no de interlocución. El slogan y la apariencia, la intuición sustituyeron a la política. Y una nueva paradoja se desarrolló en la política: los independientes entraron a la política comenzando un gobierno de personalidades, que se da cuando gobierna una minoría, pero con el apoyo de la mayoría popular que renunció a su derecho deliberativo ante la violencia terrorista insurgente y represiva. Los cambios de régimen se han sucedido en esto diez años, y la política salió del espacio público para volverse privada: no hay información, pero sí hay propaganda[5]. La opinión política se canaliza por encuestas, y no hay otros canales de opinión. Sin partidos políticos, se debilitan los espacios de formación de opinión autónoma, de discusión e intercambio. El veto sobre ciertos temas de discusión por el temor a ser colocado como enemigo de la patria contribuyó a generar una espiral de silencio que dominó el espacio político en los noventa. El cierre del Congreso en el 92 quebró oficialmente la continuidad democrática y terminó de debilitar a los partidos políticos todavía existentes, y la captura de Abimael Guzmán si bien abrió la puerta para la paz, también consolidó un régimen autoritario que continuó negando la política como espacio legítimo de ejercicio de la ciudadanía. Más tarde, la toma de la Embajada de Japón contribuyó a prolongar el clima defensivo en la sociedad y a restringir la actividad política pública legitimando el secreto de Estado. No es de extrañar que la defensa del espacio público haya sido activa sobre todo desde las organizaciones de Derechos Humanos, algunos medios de prensa, colegios profesionales, organizaciones no gubernamentales e iglesias.

Un nuevo tiempo democrático: recuperando el espacio público político

Pero el tiempo político democrático se mide en ciclos electorales que en el Perú son periodos quinquenales que estimulan a los ciudadanos a pensarse a sí mismos como gobernantes a ser elegidos o al menos para sentirse electores y pensar o participar activamente en el proceso electoral. Los ciclos electorales permiten rotar y cambiar funcionarios tanto del Poder Ejecutivo como del Legislativo en nuestro régimen constitucional. Pero los tiempos políticos no institucionalizados, los que marcan el ritmo de la política cotidiana, del ánimo y el clima político popular, tienen otros ritmos que no hemos medido y a los que es difícil acercarnos, teniendo sin embargo algunos hitos que nos sirven de referencia.

Un instrumento importante son las encuestas que nos permiten medir los tiempos que requiere el ciudadano medio para formarse una opinión, y los que se requieren para crear corrientes de opinión política, por eso ahora voy a presentar los datos de una encuesta comparada internacional que nos permite ver un cambio en el clima de opinión, que

4 Carlos Franco, Nicolás Lynch, Pedro Planas entre otros, han hecho importantes balances sobre los intentos democratizadores de los noventa.

5 Ferry y Sartori.

puede marcar un tiempo político nuevo. Este es un estudio comparado con otras democracias estables y en transición donde también se realizan encuestas poselectorales similares.

Se trata de la Encuesta del Estudio Comparado de Sistemas Electorales, CSES, que en el Perú está a cargo de la Pontifica Universidad Católica del Perú. Fue encargada a Datum Internacional, quien realizó el trabajo de campo entre el 5 y el 8 de Mayo del 2000 a una muestra nacional de 1102 casos[6]. Se escogió la primera vuelta para realizar la encuesta porque comprende dos procesos electorales en uno: las elecciones al Congreso y a la Presidencia en la primera vuelta.

Los sistemas electorales constituyen espacios políticos muy importantes porque permiten la comunicación y relación directa entre los electores y el gobierno. Son los espacios institucionales que organizan la selección de gobernantes y representantes, fijan los mecanismos de elección y distribución de los cargos de gobierno, etc. Los sistemas los conforman las instituciones electorales y las leyes que los rigen: Jurado Nacional de Elecciones, ONPE y Reniec; los partidos y movimientos políticos, que representan a los ciudadanos y garantizan que su opinión se exprese en las grandes decisiones que se tomen desde el gobierno y poder legislativo; el poder legislativo que emite las leyes que norman los procesos electorales.

Tomemos en este caso la opinión sobre los partidos políticos como indicador de un cambio de momento político (más allá de la coyuntura y poco definido todavía), ya que es el espacio donde se da la participación de la ciudadanía más allá del momento electoral (que está definido y es muy preciso). Hacia fines de la década del 90 y del siglo XX, los peruanos hemos compartido un ánimo crítico a la acción política como capaz de cambiar el país. El gobierno ha sido abandonado a un grupo de "técnicos", así denominado por ellos mismos, para negar su condición política, es decir, partidaria en el sentido de compartir ideas e intereses entre los que llegan al gobierno y simpatizan con el Presidente Fujimori. Aparentemente los partidos dividirían lo que es un interés nacional objetivo y sin cuestionamiento, al cual se accede a través del conocimiento. La verdad política se volvió patrimonio del gobernante. Cualquier otro punto de vista que percibiera otras dimensiones de la realidad, o aspirara a cambiar la realidad en algunos campos se hacía ver como amenazante. De allí el temor del ciudadano medio a adherir a alguna agrupación política y la resistencia del mismo grupo gobernante u otros políticos a constituirse en partido político.

6 Con una estimación del margen de error de +/- 3.0%, en la hipótesis más desfavorable (p=q=50%), para un nivel de confianza de 95%.

Los datos indican que este estado de ánimo está cambiando en la población pues ante la pregunta al público peruano sobre si opina que los partidos políticos son necesarios para que funcione el sistema político en el Perú o no, colocando su opinión en un rango que va de 1 al 5, el 56% contesta que sí son necesarios con puntaje de 1, y 13% se acerca a esta posición dándole un segundo lugar en la escala de medición. Presento los datos de Perú y los de una democracia estable, como Alemania par tener un punto de referencia.

PERCEPCION DE LA NECESIDAD DE LA EXISTENCIA DE PARTIDOS POLITICOS

Necesidad de partidos políticos	Perú	Alemania
1. Los partidos políticos si son necesarios	56%	57.3
2.	13%	21.1%
3.	15%	15.9%
4.	5%	2.2%
5. Los partidos políticos no son necesarios	9%	3.4%
NS/NC	2%	0.8%

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, mayo 2000.

El dato es una novedad, frente a un contexto nacional anterior de rechazo y desprestigio de los partidos políticos. Tanto es así que Datum ha continuado haciendo la pregunta en sus encuestas normales, encontrando en la del mes de Julio que aumenta la percepción de que los partidos son necesarios, pasando a más del 60%.

Pero, en el contexto de la preparación para la segunda vuelta, ¿se sentían los peruanos cercanos a algún partido? Si consideraban que los partidos políticos son necesarios, ¿participaban de los que se formaron en la coyuntura electoral?

Preguntados ¿A qué partido o agrupación política se siente más cercano? 18.1% da el nombre de una agrupación y 80.7 % ninguna. Pero si les preguntamos a estos mismos ciudadanos no cercanos a agrupaciones políticas (sólo al 81%) si hay un poco más de cercanía a unos que a otros? Tenemos otro 14% que dice que sí y da nombres y 84% que dice que no.

Cercanía a partido político		
Si	18.1%	**199**
No	81.7%	889
No contesta	01.2%	13
Total	100 %	1102

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, Mayo 2000

No Cercanos a partido (81.7%)	**Algo cercano**	
No, pero algo: Sí	14%	**124**
No, pero algo: No	84%	747
No contesta	2%	18
	100%	889

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, Mayo 2000.

Si sumamos el total que se siente cercano o algo cercano a algún partido político, tenemos a 323 encuestados que responden sí, lo que equivale a un 29.3% de la muestra que se siente cercano o algo cercano a un partido político.

El 18% que declara a la primera pregunta que se siente cercano a un partido político se distribuye de la siguiente manera:

Perú 2000	37.0%
Perú Posible	35.5%
Partido Aprista Peruano	22.0%
Somos Perú	9.5%
Avancemos	16.5%
Solidaridad Nacional	2.5%
Acción Popular	2.0%
Frente Independiente Moralizador	2.0%
Unión por el Perú	2.0%
Frepap	1.0%
No sabe, No contesta	0.5%
Total	**199**

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, mayo 2000

Y los que no se sienten cercanos a ningún partido que son 124 personas, distribuyen sus preferencias de la siguiente manera al preguntárseles nuevamente si se sienten "un poco más cercanos" a alguno:

Perú Posible	37%
Perú 2000	37%
Avancemos	7%
Partido Aprista Peruano	6%
Acción Popular	4%
Somos Perú	4%
Otros	5%

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, mayo 2000.

Preguntados los 323 que mencionaron un partido en cualquiera de las preguntas anteriores por el grado de cercanía a ese partido: muy cercanos, algo cercanos o poco cercanos, 20% se siente muy cercano, 50% algo cercano, 28% no muy cercano y 2% no contesta. ¿Sentimiento de cercanía que puede ser un poco más que sólo conocimiento, sin llegar a ser identidad?

Los 323 (29.3% de la muestra) que mencionaron cercanía mayor o menor a un partido político son menos de los que mencionaron que los partidos políticos son necesarios. Aquí es donde podemos percibir el cambio. Si 56% de la muestra considera que los partidos políticos son necesarios y sólo 29.3% se siente cercano a ellos, tenemos un 27% que está cambiando de opinión o con sentimientos encontrados al respecto, potencialmente atraída por propuestas partidarias que les digan algo. ¿Por qué no se han acercado más a los partidos que se presentaron a las elecciones?

La siguiente pregunta nos ayuda a contestar esto porque tiene que ver con la percepción que tienen las personas de los partidos políticos y su interés en las ideas de las personas; se mide en una escala del 1 al 5, donde 1 es el puntaje al mayor interés que va decreciendo en los puntajes 2, 3 y 4 hasta el 5 que indica ningún interés:

Percepción del interés de los partidos políticos por las ideas de las personas:

	TOTAL
1. A los partidos políticos **les** interesa lo que la gente piensa	24%
2.	12%
3.	20%
4.	10%
5. A los partidos políticos **no les** interesa lo que la gente piensa	31%
NS/NC	3%

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional Mayo 2000.

La experiencia de distancia política entre los partidos y las personas sigue vigente en un sector importante de la ciudadanía. Sumando las dos primeras posiciones tenemos 36% que piensa que les interesa lo que la gente piensa, es decir que son tomados en cuenta por las dirigencias partidarias, 41% (posiciones 4 y 5) piensa que no les interesa lo que la gente piensa. Pero tenemos 20% en una posición intermedia que podría indicar la duda, la apertura a un cambio. Este es un punto importante a considerar desde una convocatoria partidaria, que busque reconstruir los mecanismos de representación política democrática en el país.

La siguiente pregunta, más focalizada en los representantes mismos, los elegidos al Congreso, va en la misma dirección. Indaga sobre la cercanía de los congresistas a lo que piensan los ciudadanos y como en el caso anterior se mide en una escala del 1 al 5.

Percepción del conocimiento de los congresistas sobre lo que piensa la ciudadanía:

	TOTAL
1. Los congresistas sí saben lo que piensa la gente	19%
2.	11%
3.	24%
4.	12%
5. Los congresistas no saben lo que piensa la gente	32%
NS/NC	2%

CSES, PERU
PUCP: Datum Internacional, mayo 2000.

En este caso, la proporción de los que creen que sí saben lo que la gente piensa es menor: 30% frente a 44% que piensa que no saben, y 24% en la categoría intermedia. Probablemente en un análisis estadístico del cuadro encontraremos una alta relación entre las dos respuestas que apunta a lo mismo: a la demanda de mayor cercanía entre partidos y congresistas electos con la ciudadanía, hecho que un gobierno de técnicos no toma en cuenta.

La coyuntura electoral ha abierto a todas luces una posibilidad que va más allá del cambio de gobierno. La opinión de los ciudadanos de la necesidad de los partidos políticos, abre la puerta para reorganizar el espacio público político dando más espacio a los electores en las decisiones de los gobernantes. La renuncia a la política como medio para conseguir mejores condiciones de vida, mejores relaciones entre los peruanos, posibilidades de expresión de intereses y aspiraciones parece estar siendo superada. Sin embargo, la demanda a los partidos es nueva, porque la ciudadanía es nueva. Estamos frente a una nueva oportunidad de mirar la realidad juntos en distintos espacios. Volver a pensar el Perú en agrupaciones que vinculen a peruanos de distintas regiones, clases, género y generaciones y encontrarnos con otras agrupaciones que desde sus ideas y propuestas estén dispuestas a dialogar y defender sus puntos de vista sin temor a que sean opuestos.

La tarea de los intelectuales y de los políticos es acercarse a los ciudadanos para construir una nueva visión del Perú y construirla democráticamente. □

Perú: democracia y no violencia militante

Manuel Piqueras

En memoria de las víctimas inocentes
de la violencia del 28 de Julio

En el Perú, por las singulares condiciones nacionales e internacionales de la actualidad política, es imposible tener éxito en la lucha democrática contra el régimen autoritario criollo y corrupto, sin desarrollar un método de acción no violenta, contra los extremismos, siempre violentos. Sólo la acción no violenta podrá develar los operativos del SIN para sembrar violencia y caos, a costa de la muerte de inocentes, con el propósito de atribuirlos a la oposición democrática y pacífica. Hay que derrotar la violencia con el poder que nace del pueblo, con un movimiento democrático organizado y con un empleo sistemático y masivo de la no violencia militante.

El tema de la acción no violenta es uno de los focos principales de interés de la democracia entendida como vida, libertad y compasión por el prójimo, como indican grandes pensadores como Hannah Arendt, Emmanuel Levinas y Amartya Sen. Los 200 millones de muertos del siglo XX han hecho crecer la conciencia de la humanidad en el valor de la vida, de la libertad y del rostro del prójimo.

La acción no violenta es el método esencial de lucha de la democracia como novedad de la política de la nueva edad, el coraje no violento es superior a la fuerza de un hombre armado y sobre todo a la inacción de un hombre pasivo. El combate no violento tiene como condición necesaria el ser capaces como personas comprometidas de dar la vida por los otros, los otros que sufren el asesinato o el despojo.

La expresión "no violencia militante" es de Martín Luther King, así designaba al método de acción del movimiento por los derechos civiles del pueblo negro americano en los años sesenta. El *mahatma Gandhi* lo llamo *satyagraha,* que significa en sánscrito "fuerza y verdad", es decir la palanca de la verdad. Erik Erikson, en su trabajo "En busca de Gandhi", la define como un "modelo de acción práctica y simbólica", como una "ritualización nueva del conflicto" político y como "un método para reconocer y movilizar las fuerzas de la verdad y de la paz tanto en el adversario y opresor como en el oprimido".

La acción no violenta necesita de un adversario capaz de negociar en última instancia, o por propia voluntad (Gandhi en la India y King en USA), o por su debilidad nacional e internacional (caso Perú). Teóricamente frente al totalitarismo nazi o estalinista los movimientos de los satyagrahis indios o de los derechos civiles de los negros americanos, hubieran sido destruidos. El método de acción no violenta necesita de condiciones históricas y políticas singulares, para obtener logros.

Gandhi y King se tomaron años creando las condiciones de confrontaciones no violentas exitosas; eligiendo el problema y el adversario con inteligencia y astucia; decidiendo el momento y el lugar de la lucha nacional; seleccionando a sus líderes y a los miembros del movimiento y construyendo fuertes organizaciones nacionales.

Ambos trabajaron arduamente escogiendo el momento de la movilización y el de "los días del silencio", el de la presencia pública y el del trabajo en la institución que se iba creando, el de la negociación política y el de los "ayunos hasta la muerte" -como llamó el *Mahatma,* a los 19 que realizó hasta su asesinato a los 78 años-.

Para Gandhi y King el poder nace del pueblo, de la acción concertada de voluntades de inmensas masas de población. Esta concepción del poder es anti-elitista y democrática, en ella la violencia y el poder son opuestos, la violencia es impotencia porque destruye el poder pero no es capaz de construir ningún poder. El caso peruano es un lugar y un momento propicio para desarrollar un poder democrático institucionalizado, capaz de derrocar a un gobierno autoritario y corrupto por la fuerza de la no violencia militante colectiva. □

¿Qué religión tienen las palabras? ¿Qué palabras definen a ese dios con el que se quiere legitimar el desprecio, la violencia, la injusticia contra las mujeres? ¿Con qué palabras creen que podrán amordazar la creatividad, las ideas, los sueños de millones de mujeres?

¿Se puede pretender cambiar la historia en este nuevo milenio? Señores y señoras delegadas: El tiempo de las prohibiciones y los corchetes es de algunos de ustedes. Pero el tiempo de la historia, a pesar de algunos de ustedes, es nuestro. Tienen la oportunidad de avanzar con nosotras.

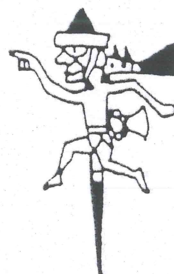
¿Cuáles son las palabras que ustedes harán valer más en esta Conferencia?

Hace 5 años, en esta misma Asamblea General, todo, todo parecía estar dicho. Ahora, las palabras no entienden lo que pasa.

Las de las mujeres de América Latina y El Caribe son: derechos, justicia, democracia.

Que las suyas no retrocedan la historia. □

Nueva York, junio de 2000



Televisión en el Perú.
¿Reflejos de un país escindido?

Sonia Luz Carrillo

Hay algo que en el Perú de los últimos tiempos ha logrado el más amplio consenso: el reconocimiento de que la televisión no cumplió el papel informativo que en momentos electorales la democracia contemporánea le asigna.

Semanas antes del 9 de abril, miles de peruanos manifestaron en las plazas de distintas ciudades del país su malestar frente al régimen y su adhesión a alguno de los candidatos opositores. La televisión local permaneció sorda, ciega y muda. El mismo 9 y las semanas y meses siguientes, las grandes manifestaciones públicas de rechazo ante lo acontecido fueron disciplinada y sistemáticamente soslayadas por la televisión. Miles en las calles y otros miles más en sus hogares compartieron entonces la impotencia y el enojo, buscando afanosamente información en la radio, usando el teléfono para indagar detalles o intercambiar opiniones con familiares y amigos, convencidos todos de que la televisión estaba engañando, escamoteaba en esos momentos la información más deseada. La televisión destinada al *gran público*, la misma que tantas veces ha proclamado y proclama que basa su programación en *lo que le gusta a la gente*.

En esas circunstancias, no pocos apagaron el televisor y optaron por la comunicación interpersonal. Así, frente a la ceguera, sordera y mudez televisiva, la mesa familiar, el teléfono, el correo electrónico en las cabinas del barrio, el puesto de periódicos en la esquina, la puerta de la bodega, el parque etc., fueron redescubiertos como espacios de intercambio acerca de los asuntos públicos. Significativamente, el segundo sondeo de opinión pública de la Veeduría Ciudadana de la Co-

Páginas 164. Agosto 2000.



municación Social, realizado en Lima los días 4 y 5 de marzo entre ciudadanos mayores de 18 años y de todos los sectores socio-económicos, arrojó que el 83% manifestaba requerir información *sobre propuestas y planes de los candidatos*; el 77.8% sentía la necesidad de conocer más *acerca de los candidatos*, y el 75.5%, sobre los probables equipos de gobierno[1]. Es decir, una clamorosa demanda que, de ser cierto aquello de que la televisión ofrece lo que "quiere la gente", habría hecho las delicias de los productores.

Como todos sabemos, esta demanda no fue satisfecha y el comportamiento de la televisión local durante el proceso electoral ha llegado a niveles de escándalo internacional. El 11 de febrero, el segundo informe de la Misión Internacional del Instituto Demócrata y el Centro Carter alertó sobre "la falta de objetividad en los medios", recordando que "la libertad de acceso a la información es un derecho humano, especialmente en el contexto de una elección, en la cual la posibilidad de escoger razonablemente entre varios candidatos hace posible la expresión política del deseo del pueblo". Por ello, los observadores internacionales advirtieron que "la campaña electoral del 2000 ha sido obstaculizada por la falta de objetividad de los medios y por una tendencia hacia el periodismo sensacionalista. La discusión política es una rareza en la televisión, especialmente en la televisión abierta, mientras que sólo un grupo minoritario de peruanos tiene acceso a la televisión por cable. En lugar de auspiciar debates serios, la Delegación ha observado que varias estaciones de televisión abierta están positivamente predispuestas y hostiles hacia los candidatos de oposición y los observadores peruanos de las elecciones" [2].

La situación no presentó mejoras, más aún, se agravó por lo que en el Informe Final de la Misión Conjunta de Francia, España y Canadá se señala: "Como han manifestado otros observadores, el acceso a la televisión de señal abierta continúa siendo desigual. La desigualdad persiste en términos de la menor cobertura y evidente sesgo con los cuales los canales de señal abierta relatan las actividades de la oposición", por lo que luego de relatar ataques de los que son "víctimas los medios críticos al gobierno actual" recuerdan que "esto es una violación al derecho de la ciudadanía a recibir una información política imparcial y plena". Además mencionan "la excesiva publicidad estatal sobre los logros del gobierno actual, especialmente en la televisión y la concentración de la cobertura informativa del canal del Estado en el candidato-presidente"[3]. Ilustra esta situación un boletín de la asociación civil Transparencia que mide el tiempo total de apariciones de los candidatos a la presidencia, en los noticieros nocturnos de seis canales "de señal abierta", entre el 28 de febrero y el 3 de marzo del 2000, con los siguientes resultados: Fujimori 68%, Toledo 9%, San Román 6%, Andrade 5%, Castañeda 4%, García Belaunde 4%, Salinas 3% y Salas 1%[4].

Ante la dimensión del problema, la Misión de Observación de la OEA planteó reiteradamente, entre sus Recomendaciones más importantes, la mayor abertura de los espacios así como el cese de las hostilidades a la oposición. Como respuesta, los canales locales siguieron transmitiendo en extenso los mítines oficialistas y obviaron, minimizaron o tergiversaron toda manifestación adversa. La solitaria presencia de un canal por cable y sus programas de análisis y transmisiones plurales de los mítines ponía de manifiesto el rostro de un país escindido. Un país claramente escindido entre quienes (una minoría) tienen acceso a la modernidad electrónica en casa y la inmensa mayoría que son mantenidos al margen de la información sobre los asuntos públicos. Situación, sin embargo, paradójica y demostrativa de la sociedad contemporánea, porque, si bien carecen de la conexión del cable, al haber-



1 Alfaro, Rosa María y Macassi, Sandro. *Deficiencia informativa y debilidad democrática*. Lima, Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social y Asociación Calandria, marzo 2000, pág. 34.

2 Instituto Nacional Demócrata para Asuntos Internacionales y Centro Carter. *Segundo Informe de la Misión Internacional de observación pre-electoral*. Lima, 11 de febrero de 2000, pág. 6.

3 *Fédération Internationale des ligues des Droits de l'homme*, Francia; Federación de Asociaciones de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, España y *International Centre for Human Rights and Democratic Development*, Canadá. *Informe Final*. Lima, 30 de marzo de 2000 pág. 3 y 4.

4 Asociación Civil Transparencia. "Datos electorales" Boletín N°26, Lima, 7 de marzo de 2000.

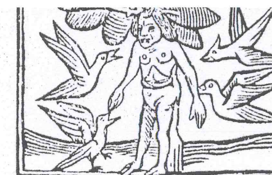


se ampliado la frontera del servicio telefónico y haberse extendido el uso de las cabinas públicas de Internet, estas mismas personas -especialmente los jóvenes urbanos- pueden comunicarse con un amigo lejano y, sin embargo, tener una visión reducida o sesgada del acontecer político nacional.

Los efectos sociales de esta y otras paradojas de la comunicación social en el Perú son -como muchas cosas en el país- impredecibles. Por ejemplo, las campañas de los organismos oficiales que copan mayoritariamente la publicidad televisiva tienen como tema dominante la idea del *progreso del país*, el que se estaría logrando con kilómetros de carreteras, edificación de escuelas y ampliación de servicios, pero confrontados con las penurias diarias de exclusión, desocupación, miseria, desnutrición y la ausencia de oportunidades, los mensajes podrían dar frutos no previstos. La diaria frustración de expectativas no puede ser permanentemente cubierta con spots triunfalistas o el financiamiento a degradantes *"reality shows"*.

En un país escindido en materia de información, la televisión local insiste en esquemas de gruesa manipulación donde el crimen, la delincuencia o el fútbol se muestran como los temas privilegiados. Un monitoreo de medios, realizado por Calandria, durante el mes de mayo, obtuvo que la televisión local dedicaba el 52.2% de sus titulares a las noticias policiales, delincuenciales o de accidentes. En segundo lugar se ubican las noticias locales y de desastres naturales con un 20.7%; mientras tanto la aguda crisis electoral, luego de la más cuestionada primera vuelta, sólo había merecido el 14.1% de cobertura informativa[5]. Cerrados los espacios de deliberación en los canales de "señal abierta", durante la campaña electoral y hasta el momento que se escribe esta nota, toda acción de defensa de los derechos ciudadanos o se silencia o es presentada como inquietante promoción de violencia. Y en los pocos espacios periodísticos existentes son convocados como entrevistados o comentaristas oscuros personajes que apelan a la "nece-

5 Macassi, Sandro. *Monitoreo de medios de la primera vuelta electoral. Tratamiento informativo de las noticias en la coyuntura electoral*. Lima, Asociación de comunicadores sociales Calandria, mayo de 2000, pág.3. En otro cuadro el Informe señala un 26.1% dedicado a las noticias deportivas.



sidad de tranquilidad pública". Esto es absolutamente incongruente no sólo con ese 52.2% de la programación dedicado a exaltar a la delincuencia sino con toda una programación violentista basada en *"reality shows"* perversos, "cómicos" que agreden todo valor de vida civilizada. Amén de las diarias muestras de intolerancia desde el poder.

Por otra parte, no está probado que la televisión que consumen los sectores de menores recursos a falta de alternativa de entretenimiento, logre credibilidad. En todo caso la ingente inversión en publicidad directa o indirecta no parece dar frutos en la dimensión esperada. Porque, como dice Dominique Wolton, "las mediciones de audiencia miden la reacción ante lo que se ofrece y no las nuevas demandas", las mismas que, si fueran establecidas por compañías de medición de "rating" realmente independientes, arrojarían muchas sorpresas. Los resultados electorales peruanos con más de 60% de rechazo a la insistente presentación del candidato presidente estarían demostrando también una demanda televisiva diferente y que "la sociedad tiende a desbaratar la intencionalidad unidimensional de la lógica del marketing", como señala Eliseo Verón. Esto es para ser tenido seriamente en cuenta porque, mientras la televisión nacional se veía inundada de poco hábiles pero esforzados bailarines de tecnocumbia, muslos y vientres al viento, según el citado Informe de la Veeduría y de Calandria, un 42.6% de los encuestados quería ver en los medios de comunicación propuestas de cómo resolver el problema del desempleo y el 18.1% reclamaban abordar la situación económica y los sueldos.

Prometedor panorama que indica que existe una ciudadanía en busca de una actividad de los medios en general, y la televisión en particular, distinta, menos divorciada de sus intereses. Campo en el que la sociedad civil, a través de todo tipo de organizaciones, puede y debe empezar a trabajar porque, si bien algunos sectores se mantienen, al parecer, inmunes al constante flagelo de la desinformación, vastos segmentos de público -especialmente los de menores recursos- permanecen a disposición de sus designios.

Y esto puede ser muy grave porque la información en televisión actúa sobre la realidad, cambiando la condición misma de "lo real", desde la óptica del entretenimiento donde no hay temas tabú: "de hecho lo



que mejor funciona es la transgresión. La espectacularidad y el divertimento se trasladan al ámbito informativo" (García Avilés: 1999)[6]. Siguiendo esta "lógica", tenemos que los distintos espacios de presentación de los asuntos públicos adquieren la forma del espectáculo donde la norma es la violencia, el escándalo y el tratamiento superficial de los temas realmente importantes.

Esta forma circense del mensaje acerca de los asuntos públicos implica un grave riesgo para la vida democrática puesto que en discursos de este tipo se neutraliza el contenido y se lo sustituye con imposiciones de sentido totalmente contraproducentes para la consecución de un individuo autónomo en tanto instancia reflexiva y deliberante (Castoriadis 1997)[7].

El discurso que apela a la emotividad, dejando de lado el análisis, la deliberación, difiere de la lógica de la narración oral o escrita y el compromiso psicológico que entraña varía desde la separación crítica hasta la auténtica hipnosis. Recordemos los rostros de las personas que asisten a ciertos *reality shows*. La *vigilancia crítica* se da en contados casos pero, indudablemente, existe. De ahí la necesidad de reforzarla en orden a la consecución de un televidente mejor provisto de defensas a partir del desarrollo de una nueva competencia, "la competencia televisiva" que permita el cabal discernimiento ante uno de los elementos presentados como "reales". En este sentido, la sociedad civil tiene la urgente tarea de afianzar lo que las encuestas y la voluntad expresada en las calles y las urnas de votación están indicando. Esta tarea requiere promover actividades de recepción crítica en cuanto espacio sea posible: colegios, universidades, clubes de madres, instituciones gremiales, comunidades eclesiales, grupos parroquiales, etc.

Labor inspirada en el Mensaje del Papa Juan Pablo II que nos pide reconocer que "el surgimiento de la sociedad de la información es una verdadera revolución cultural que transforma a los medios en el primer

6 García Avilés, José A. "El pseudo periodismo satírico". En: *Diálogos de la comunicación*. Lima, FELAFACS, 1999, pág. 28.

7 Castoriadis, Cornelius. *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: EUDEBA 1997, pág. 199.



areópago de nuestra época... A través de los medios la gente entra en contacto con personas y acontecimientos y se forma sus opiniones sobre el mundo en el que vive. Incluso ahí se configura su modo de entender el sentido de la vida"[8]. Tarea que responde a la invocación hecha por la Conferencia Episcopal Peruana, cuando recordando que "nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia" (Vat. II, *Gaudium et Spes, 1*), expresa: "Como Obispos, pedimos a los ciudadanos católicos y gente de buena voluntad que participen activa y responsablemente en el proceso electoral para que aseguren su transparencia"[9]. Más allá del momento electoral, lo que está en juego es el establecimiento de una vida social justa, libre y democrática. □

8 Mensaje del Papa Juan Pablo II para la 34 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. 4 de junio de 2000.

9 Mensaje de la Conferencia Episcopal Peruana. Lima, 28 de abril de 2000.

Colombia: hacia una nueva cultura democrática

Ana Gispert-Sauch

A diez años de la firma del primer acuerdo de paz, celebrado entre el M-19 (Movimiento 19 Abril) y el gobierno colombiano (el primero de ocho de la década del 90), el camino de la paz ha resultado tortuoso, con avances y retrocesos demasiado zigzagueantes, con miles de víctimas y con una falta de voluntad política por ambas partes para hacer pasar, de la «mesa de negociaciones» a la vida real, las decisiones tomadas. En efecto, el 9 marzo de 1990, bajo el gobierno del presidente Virgilio Barco, la firma del acuerdo logró la desmovilización y resinserción a la vida civil de los alzados en armas, proceso que continuó en los siguientes acuerdos entre diversos grupos armados (EPL, PRT, entre otros) con el presidente César Gaviria, creándose incluso programas *ad hoc* para la reinserción de los guerrilleros. Sin embargo, la extrema derecha paramilitar y los narcotraficantes no aceptaron nunca la posibilidad de que los alzados en armas pudieran acceder al escenario político, y no hubo tregua en las permanentes persecuciones y muertes. Siguieron los intentos frustrados de acuerdos de paz y, bajo la presidencia de Andrés Pastrana, de nuevo, los asesinatos, corrupción y el fuego entrecruzado entre grupos guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes no han cesado (ver *Páginas* N° 159, octubre 1999).

Frente Social y Político

Todo haría presentir que no hay solución para la violencia de este país, dividido en vastas regiones controladas por la guerrilla o por los paramilitares y sumido todo bajo la amenaza perturbadora y desmoralizante del narcotráfico. Sin embargo, el camino hacia la paz no ha quedado sepultado: hay espacios inéditos, todavía por recorrer. Uno de ellos es el intento de los sectores democráticos populares, agrupados en el Frente Social y Político, un nuevo proyecto político que consiste en la convergencia y articulación de distintos movimientos: de intelectuales, el Foro alternativo permanente, organizaciones indígenas, cívicas, campesinas, representantes de centrales y organizaciones sindicales, la red de inciativas por la paz, comités y ONGS .

Si bien desde mayo de 1998, a raíz del asesinato del abogado y catedrático de la Universidad Nacional, Eduardo Umaña Mendoza, surgió la necesidad de unir esfuerzos contra el terrorismo y la violación de los derechos humanos en el país, el nacimiento de dicho Frente se dio el pasado 12 de abril, en el centro de Bogotá, bajo el liderazgo de Luis Eduardo Garzón, intelectual de reconocida trayectoria y capacidad organizativa.

El Frente Social y Político se define como «un proyecto en construcción de convergencia, que asegura la presencia e incidencia que se requieren en la vida política para generar cambios radicales en las prácticas y relaciones de poder, en las esferas económica, cultural y social del país».

Se trata ante todo de un movimiento nacional, de lucha por los derechos y demandas de la ciudadanía, y la participación de la gente desde sus espacios locales, antes que ser una fuerza electoral coyuntural, sin descartar la posibilidad de llegar al poder en su momento. Garzón lo expresó gráficamente al decir: «es como crear un movimiento en medio de los carros chocones, por fuera del carro y la pista electrizada. Eso no quiere decir que el proyecto no tenga posibilidad de jugar y apostar con toda intensidad...».

Propuestas ciudadanas para la paz

A ese nuevo esfuerzo hay que añadir las diferentes iniciativas locales o regionales, que confluyen para establecer una nueva cultura democrática de paz para Colombia. Ejemplo de ello fueron los encuentros realizados en Bogotá, el pasado mes de mayo, convocados por diversos sectores de la sociedad civil (Asociación nacional de Industriales, Asamblea Permanente de la sociedad civil para la paz, la Confedera-

ción de Cooperativas, Red nacional de Mujeres, los sindicatos etc), con una metodología de mesas de trabajo en torno a los temas centrales sobre políticas sociales, política agraria y cultivos ilícitos, el «Plan Colombia» etc. Algunos de los acuerdos consensuales señalaban la necesidad de una salida negociada al conflicto, con la participación ciudadana, la urgencia por privilegiar las formas y modelos de organización económica solidaria y cooperativa, y un rechazo al llamado «Plan Colombia».

El «Plan Colombia», que fue presentado últimamente por el gobierno como una estrategia para la paz y como apoyo social al campesinado en zonas de conflicto, resulta en realidad en lo contrario: en profundizar la guerra, afectar el ecosistema y hacer más precarias las condiciones de vida de los campesinos. De hecho, el «Plan Colombia» tiene como columna vertebral la acción militar y judicial contra el narcotráfico, pero atacando a los sectores sociales productores de tales cultivos ilícitos. La sociedad civil nacional y la internacional han elevado su protesta, señalando algunas de sus consecuencias (desplazamiento de más de 150,000 personas en el Putumayo, fumigaciones perniciosas, sustitución de la producción campesina por el dominio de grandes cultivadores que se beneficiarían con la «servidumbre» de indígenas y campesinos...).

La respuesta de la sociedad civil, sintetizada en el documento «¿Plan para la paz o plan para la guerra?», firmado por más de ciento treinta organizaciones sociales, organizaciones no gubernamentales, movimientos de derechos humanos y movimientos de paz de Colombia, expresa: «Rechazamos el Plan Colombia porque parte de una concepción autoritaria de la seguridad nacional basada exclusivamente en una estrategia de lucha antinarcóticos, lleva al escalamiento del conflicto social y armado, no resuelve realmente el problema del narcotráfico, pone en grave peligro el proceso de paz, atenta contra los pueblos originarios, destruyendo su cultura y sus formas de vida, afecta gravemente el ecosistema amazónico, profundiza la crisis humanitaria y de derechos humanos, incrementa el problema del desplazamiento forzado y agudiza la crisis social y política». Del mismo tenor es la declaración conjunta europea, firmadas por distintas agrupaciones e iglesias de Alemania, Austria, Bélgica, España, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Irlanda, Italia, Noruega, Suecia y Suiza, y agrupaciones internacionales.

Por su parte, la Conferencia Episcopal de Colombia, en un informe hecho público a finales del pasado mes de junio, lamentó que «la violencia política ligada al conflicto armado y las acciones bélicas se han incrementado, en una gran contradicción frente a las declaraciones de las partes en conflicto y su repetida voluntad de paz». Los obispos ratificaron su compromiso de contribuir a la solución pacífica del conflicto armado, a la vez que señalaron que «la construcción de una nueva nación tiene que pasar necesariamente por el fortalecimiento de una cultura de respeto de los derechos humanos».

Sobre las huellas de una guerra permanente, de una violencia descontrolada, de una violación de los derechos humanos por parte de los paramilitares, guerrilla, gobierno y narcotraficantes, y sobre tanta sangre de víctimas inocentes, una mecha -retomando la imagen de Isaías- sigue humeando: la participación ciudadana desde sus organizaciones, la experiencia de los campesinos indígenas, la presencia de las iglesias y comunidades de jóvenes, mujeres, docentes, profesionales, pueden avivar el fuego que anuncie una nueva cultura de paz para Colombia. □

